

ambos géneros pero en otras es preciso adivinar si se produce tal inclusión o si, como ocurre a menudo, lo femenino está excluido. Conscientes de este aislamiento, las mujeres, como dice Durán, no pueden incorporarse y participar de una manera acrítica en la cultura.

La democratización de la ciencia es un requisito para la participación igualitaria de las mujeres en ella. Como señala Jiménez Blanco, es preciso que la ciencia se democratice y que cada género tenga en ella la expresión de su singularidad.

En la enseñanza de la sociología se produce actualmente un vacío respecto al tratamiento de la sociedad de géneros. Así lo señala Gil Calvo que critica, además, la base discursiva sobre la que, a su parecer, se mantiene el debate sobre las relaciones de género. En su opinión este debate se queda en la palabra, en lo académico. Pero conviene, sin embargo, recordar que la implantación de los estudios de género en la Universidad no es una empresa acabada; ha costado, y está costando, un gran esfuerzo. El resultado de esa trayectoria se inscribe en el consenso pero no es ajena al conflicto. Por otro lado, los «Women's Studies» trascienden lo académico y tienen su expresión práctica en otros campos como la política o la vida cotidiana. El feminismo

como movimiento social que, dentro y fuera de los muros universitarios, recoge las aspiraciones de cambio social favorables a las mujeres se inscribe en la historia del conflicto vivida en nuestro país en los últimos años.

En conjunto, este libro es una reflexión sobre la ciencia, sobre como trabajaron los clásicos y sobre como se sigue construyendo hoy la teoría sociológica. No es una mirada fija o estática al pasado sino que presenta un potencial dinámico. Se analiza cual ha sido el objeto y cuales los objetivos sobre los que han trabajado los autores que han contribuido a crear la sociología. Y, finalmente, en el para qué de estas reflexiones, en su finalidad, hallamos su estímulo, su espíritu dinámico. El análisis de las relaciones de género conlleva un germen de cambio dentro del panorama actual de la sociología. Retomando las palabras de la editora de esta publicación nos quedamos con una frase: «[...] la sociología ha participado desde sus inicios en una vocación humanista y liberadora que la sitúa por encima del mero saber tecnocrático» que expresa mejor que ninguna otra el sentir y la aspiración de este texto.

Cristina García Sainz
Universidad Complutense de Madrid

TARROW, Sidney. *El poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política*. Madrid: Alianza, 1997

Frente a las explicaciones centradas en la sociedad civil para dar cuenta de las acciones gubernamentales y la actividad política en general —rasgo compartido por los paradigmas estructural-funcionalista, pluralista e incluso marxista en alguna de sus versiones—, en el curso de las últimas décadas las ciencias sociales han asistido

a una avalancha de estudios aglutinados en torno al proyecto de «recuperar el Estado» como actor autónomo capaz de configurar e influir en los procesos sociales. En el campo de estudio de los movimientos sociales, el proyecto de recuperación del Estado como variable explicativa del acontecer social ha cristalizado

en el denominado «enfoque del proceso político». La intuición fundamental de dicho enfoque es que la configuración organizativa y las pautas de actividad del Estado afectan a la formación, organización y éxito eventual de las organizaciones de un movimiento social y, por extensión, a los movimientos sociales en su heterogéneo conjunto. En el curso de los últimos años, son cada vez más los estudiosos que se aproximan a la acción colectiva desde este punto de partida. Fruto de ello es que ahora disponemos de un amplio abanico de pormenorizados estudios acerca de movimientos como el urbano, el ecologista, el de los derechos civiles de la minoría afroamericana, el pacifista y antimilitarista, el feminista o el antinuclear.

Uno de los autores que más se ha destacado en investigar el contexto político en el que se desenvuelven los movimientos sociales ha sido el politólogo norteamericano Sidney Tarrow. En la obra que reseñamos, *El poder en movimiento*, Tarrow culmina una dilatada trayectoria profesional dedicada al estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva caracterizada por fijar su atención, no en factores culturales e identitarios (el énfasis preferido por los estudiosos europeos, como Touraine y Melucci), ni tampoco en la disponibilidad y gestión de recursos para la acción (subrayado característico del enfoque organizativo de la teoría de la movilización de recursos, representada por Zald y McCarthy), sino en factores de naturaleza política en cuanto principales factores precipitantes de la acción colectiva.

La obra arranca con una breve introducción en la que define a los movimientos sociales como «desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades» (p. 21). Cuatro son, por consiguiente, las propiedades de los movimientos sociales: un

desafío colectivo, objetivos comunes, solidaridad mutua e interacción sostenida con oponentes. En dicha interacción sostenida entre pares de actores (movimientos, por un lado, y destinatarios —políticos— de las demandas, por otro lado) tiene un papel clave lo que desde el enfoque del proceso político se denomina la «estructura de oportunidad política». La EOP hace referencia a «las dimensiones congruentes —aunque no necesariamente formales o permanentes— del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar a sus expectativas de éxito o fracaso» (p. 155). Es decir, que frente a otras aproximaciones para el estudio de los movimientos sociales que intentan responder al «cómo» (caso del enfoque organizativo de la teoría de la movilización de recursos) o al «porqué» de la acción colectiva (caso del enfoque de los «nuevos» movimientos sociales), el enfoque del proceso político, sirviéndose del concepto de EOP, aborda la cuestión del «cuándo». Así, afirma Tarrow operacionalizando el concepto de EOP, cuando las posibilidades de participación en la vida política se incrementan (sobre todo con ocasión de la celebración de elecciones), cuando se producen cambios en las coaliciones de gobierno, cuando hay disponibles aliados en la estructura institucional del Estado (en especial partidos políticos) dispuestos a servir de vehículo de las reivindicaciones de la sociedad civil o cuando emergen conflictos entre las élites políticas, entonces se puede afirmar que los movimientos disfrutan de una coyuntura favorable para emprender la acción colectiva en pos de sus reivindicaciones. Cualquier agregación de estos factores no sólo favorece sino que también multiplica las posibilidades de que un movimiento social recurra a la acción colectiva para ver incorporadas sus demandas en el proceso político. Al operacionalizar el concepto de EOP en las cuatro variables

señaladas, Tarrow consigue descender al plano empírico y dotar al enfoque del proceso político de un potencial operativo del que carecen otras aproximaciones, razón ésta, sin duda, que explica la popularidad de la que goza el enfoque del proceso político entre los estudiosos de los movimientos sociales.

Además de explicar el «cuándo» de la acción colectiva, una EOP que se abre o se cierra según las variables mencionadas proporciona el contexto más productivo para enfrentarse a cuestiones tan controvertidas en la teoría sobre movimientos sociales como son el «enmarcado» (*framing*) o la «movilización de estructuras». La EOP adquiere, de este modo, la primacía explicativa dentro del enfoque del proceso político, por encima de otros rasgos de carácter económico o social: «lo que varía ampliamente con el tiempo y lugar son las oportunidades políticas, y los movimientos sociales están más íntimamente relacionados con los incentivos que éstos ofrecen para la acción colectiva que con las estructuras sociales o económicas subyacentes» (p. 148).

Otro concepto típico del enfoque del proceso político, introducido en el campo de estudio de los movimientos sociales por Tarrow, es el de «ciclo de protesta». Algunos ejemplos de momentos en los que la protesta se generaliza a lo largo y ancho del tejido social hasta constituir un ciclo de protesta son la Revolución de 1848, las revueltas estudiantiles de la década de los sesenta o las «revoluciones de terciopelo» en la Europa del Este a finales de los ochenta y principios de los noventa. Según la definición de Tarrow, un ciclo de protesta es «una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación

de participación organizada y no organizada, y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución» (p. 263-264). De nuevo, la variable explicativa fundamental del surgimiento de un ciclo de protesta es la apertura o cerrazón de la EOP según las variables mencionadas anteriormente.

Otro rasgo digno de destacar de la obra de Tarrow es la atención que presta a la historia. En concreto, un bloque, el primero, está dedicado a la formación del movimiento social «nacional» durante el siglo XVIII en Europa y los EE.UU. Fue entonces cuando el repertorio de acción colectiva (esto es, el conjunto de medios de que dispone un grupo para plantear sus reivindicaciones) surgió como resultado de los desafíos al Estado en proceso de consolidación. Las nuevas formas de asociaciación y de comunicación también resultaron de capital importancia para la difusión de un nuevo repertorio de acción nacional, autónomo y modular (en el que destacan modos de acción como las huelgas o las manifestaciones) llamado a sustituir al repertorio localista típico de la era preindustrial (en el que destacaban modos de acción como los motines de subsistencia, las apropiaciones de cosechas o las ocupaciones de tierras). Informando históricamente a su análisis de este modo, Tarrow se encuentra en disposición de enfrentarse a las críticas de los historiadores, que en tantas ocasiones (no sin parte de razón) han acusado a los sociólogos y politólogos de ignorar la historicidad de los procesos sociales, tal y como se ha manifestado, por ejemplo, con ocasión del debate sobre la novedad de los «nuevos» movimientos sociales.

A menudo, los autores del proceso político dan la sensación de concebir los movimientos sociales de un modo casi determinista, es decir, que parecen considerar las manifestaciones de acción

colectiva como el producto inevitable del contexto político, y que los movimientos deben considerar dicho contexto como un dato inmutable en sus cálculos estratégicos a corto plazo¹. Tarrow se sacude ese determinismo y resuelve, a nuestro juicio, mejor que otros autores el dilema de la relación entre estructura y agencia al defender que, efectivamente, la EOP influye en la suerte de los movimientos, pero que éstos pueden asimismo inducir alteraciones sustanciales en su EOP particular como resultado de su propia acción (p. 148 y 173). Es decir, que los movimientos sociales no son meras «víctimas» de la EOP que les rodea, sino que también crean nuevas oportunidades para ellos y para otros movimientos gracias a su acción deliberada, transformando de este modo la configuración específica de la EOP.

Sin duda, el enfoque del proceso político representado entre otros por Tarrow ha contribuido a revitalizar aún más un campo de estudio que vive un dinamismo como pocos en las ciencias sociales. Sin embargo, dicho enfoque presenta algunas fallas que se reflejan de modo meridianamente claro en la obra de Tarrow. En particular, y tal vez sea éste el déficit más notable del modelo propuesto por Tarrow, apuntar a la interacción sostenida entre actores colectivos y autoridades como el rasgo definitorio de los movimientos sociales (ver definición; p. 167) delata un sesgo hacia las autoridades que muy bien puede ser interpretado como un «reduccionismo político». Este reduccionismo o sobrecarga políti-

ca oscurece otras dimensiones de la acción colectiva que no son fácilmente reducibles a la confrontación con las autoridades, como por ejemplo la creación de modelos culturales alternativos a los dominantes, los cambios en la opinión pública o las transformaciones en el universo del discurso político. Es decir, que el enfoque del proceso político representado entre otros por Tarrow soslaya el hecho de que los movimientos sociales pueden interactuar no sólo con las autoridades, sino también con la sociedad civil dentro de una estrategia concebida para ejercer una influencia indirecta en la sociedad política a través de la influencia en la sociedad civil. Así, por ejemplo, los logros de movimientos como el ecologista en transformar los estilos personales de vida (hábitos de producción y consumo, relación con el medio ambiente, empleo del ocio, etc.), la actitud de la opinión pública con respecto al medio ambiente o la renovación de la agenda de los partidos políticos son ignorados por el enfoque del proceso político. No obstante, esta crítica no obsta para que el enfoque del proceso político defendido por Tarrow aporte un utillaje conceptual y un acercamiento a los movimientos sociales que ha de dar lugar (lo ha hecho ya) a notables avances en la comprensión de estos agentes colectivos que son los movimientos sociales.

Jesus Casquette

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea

1. Por ejemplo, KRIESI, H. (1992). «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental». En BENEDICTO, J.; REINARES, F. (eds.). *Las transformaciones de lo político* Madrid: Alianza.